



NOTA EDITORIAL



EL PROFESOR ROBERTO FRANCO, RECTOR DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL

Ciertos episodios de la existencia científica (la única invulnerable en el sentido axiomático del término), determinan forzosamente la formación de la síntesis biográfica. La biografía, que es una sucesión de

trascendencias sometidas a la crítica, se convierte sobre los terrenos científicos en una necesidad cultural. Existe algo de metafísica sutil en la evolución del científico, y al examinarlas con detenimiento, el observador no puede aspirar sino a reconstruirla para poder modelar su concepto al margen de la historia.

El profesor Roberto Franco, representa para la ciencia colombiana, lo que Jua B. Señorans fue para la medicina argentina: el iniciador de una etapa racial bajo el signo de la investigación. Hondamente sumido entre todos aquellos repliegues asombrosos de la biología, sometido a los vaivenes mil veces policromos de la ciencia de Sérgent, encauzado en el derrotero de la búsqueda microscópica, el profesor Franco llegó progresivamente, serenamente, a adquirir una visión analítica dentro de la síntesis biológica. Desde la cátedra, su opinión no se reduce a rigidecerse ante el síntoma; no se limita a la contemplación platónica de la enfermedad, ni tampoco tiene la inútil aridez del dogma inmóvil. No. La cátedra del profesor Franco, es intuición y verificación; es realidad y perspectiva; es fruto y semilla; es mies y segador.

Y es que, en medicina, la túnica del apóstol a veces tiene el vuelo de la toga forense. Las opiniones que surgen en la misma preñez de la mentalidad fecunda, salen a invadir las vecinas comarcas de la agrupación humana, donde el mal y el bien, la lacra y la salud forman una eterna antítesis y una perenne lucha vital. Allí, entre ese grupo amorfo de las gentes aledañas, entre esa amalgama del mundo que circunda y que se agita en pos del ideal aristotélico, allí, el investigador logra asimilar las extremistas posiciones de los hombres para crear, como bajo la tutela microscópica, una medida de clasificación y de experiencia.

A ese lugar, ha llegado el profesor Franco. También Mariano Castex lo ocupa, en la más próspera de las repúblicas sureñas. Dicha posición, se ha infiltrado a través de todos los que hemos oído las enseñanzas del maestro, como si una tendencia de los instintos lo hubiese elegido para ocuparla. De la enseñanza clínica, el profesor Franco ha pasado a la enseñanza cultural. Es la evolución de una idea íntegra.

La vida del profesor Franco, ha sido una selección de circunstancias. Pero hoy, una circunstancia lo ha elegido. Es la cima rotunda de la valía. Las juventudes universitarias, han adquirido un cerebro con-

ductor, que es a la vez vivero de creatividad y de normalidad conceptual. En la rectoría de la universidad colombiana, la noción de juventud, tomará un cariz de intimidad. La ciencia del cuerpo, estará unida a la ciencia del alma colectiva para la construcción de una unidad nacional en el seno de las generaciones presentes. Es la biología misma.

El doctor Roberto Franco, ha respondido con voz rotunda, al interrogante intrínsecamente planteado en este añejo aforismo del inmortal viejo de Cos:

“La vida es corta; el arte, largo y difícil...”

Luis Jaime Sánchez

